

desde la infancia hasta la vejez, es un tejido de acciones incorrectas, absurdas, frecuentemente culpables, y algunas veces criminales; los locos morales son siempre afrontas para sus familias, cuando no un peligro social. Confinan con los criminales vulgares, y Lombroso (1) ha sostenido, no sin apariencias de razón, que no hay diferencia fundamental entre el criminal nato y el loco moral. No discutiremos aquí la legitimidad de esta identificación, porque si entráramos en la cuestión de la criminalidad, rebasaríamos los límites que nos hemos impuesto; nos bastará decir que el loco moral, tal como lo describimos, es un tipo patológico sin género de duda; es un degenerado en la acepción precisa que hemos dado de esta palabra, y lo prueban los vicios de conformación física que le afectan (craneanas ó de otros órganos), los estigmas ligeros ó marcados, los antecedentes hereditarios, por lo común muy acentuados y, en fin, la tendencia á los accesos de delirio, que, aunque pasajeros, son el motivo que al cabo les lleva á los Asilos.

La falta ó perversión de los sentimientos morales que constituyen la *moral insanity*, pueden encontrarse, á título episódico, accidental ó secundario, en el curso ó á consecuencia de ciertas enfermedades mentales que no tienen relación directa ú obligada con la degeneración, como, por ejemplo, en la locura intermitente, en la parálisis general y en el alcoholismo. Mas en estos casos, no se trata de la locura moral, propiamente dicha. Extender la significación de este término, como hacen algunos autores, por ejemplo Schüle, sería privarle de precisión sin provecho alguno de las descripciones.

Los sentimientos morales del hombre son producto de dos factores: la herencia y la educación. Al nacer, traemos en germen las tendencias que luego, al desarrollarse, constituirán nuestro carácter, y si son buenas, una enfermedad infantil del cerebro puede, sin duda, impedir ó perturbar su desarrollo, como una mala educación es capaz, en cierto modo, de transformarlas: en consecuencia, no toda perversión moral es necesariamente hereditaria, sino que puede ser adquirida. Por el contrario, si las tendencias son defectuosas en su origen, el ejemplo y los buenos consejos pueden rectificarlas en cierto grado; pero hay casos, precisamente los que tratamos, en que el vicio original es tal, que la educación más perfecta resulta impotente para modificar sensiblemente sus deplorables efectos. De igual suerte que la educación más esmerada no puede jamás elevar un *idiota intelectual* al rango de un sér inteligente, los consejos, las reprensiones y los castigos no logran nunca hacer de un *idiota moral* un individuo de conducta ordenada y correcta. Pues bien; los degenerados que describimos son verdaderos idiotas morales. Se les puede dividir, un poco artificialmente en verdad, en varias categorías. Los que ocupan el último peldaño de la escala, son tan endebles intelectual como moralmente considerados; apenas discernen ó discernen mal, y sus inteligencias se rebajan hasta justificar sus perversiones, porque no perciben el lado dañoso y punible de su mala conducta. Estos son, en rigor, *ciegos morales*.

Otros saben bien que la probidad exige, lo que la moral defiende; pero sus sentimientos pervertidos no les atraen al bien ni les alejan del mal. Poseen buenas teorías, pero no las llevan á la práctica; y si las concepciones morales

(1) Lombroso, L'homme criminel, p. 542. Paris, F. Alcan, 1887.

no faltan, como dice Schüle, « carecen de efectos, ni influyen en las determinaciones, sino que permanecen como nociones abstractas ». Pudiera decirse de estos individuos, que padecen *anestesia del sentido moral*.

En fin, los hay que gozan de sentido moral apenas embotado, que *desearían* seguir el camino recto de la virtud, pero que son víctimas de sus tendencias más poderosas que sus deseos, y así se abandonan impotentes á su destino, á pesar de sentir, á intervalos, remordimientos por sus indignidades y flaquezas. En los primeros, ciegos morales, falta la conciencia; en los segundos, ó anestésicos del sentido moral, la conciencia habla, pero carece de fuerza para influir en las determinaciones, porque no es secundada por las tendencias emotivas que conducen al hombre hacia el bien; en los últimos, estas tendencias hacia el bien existen, pero muy débiles para luchar contra las que arrastran al individuo en pos de sus pasiones. Podrán parecer algo sutiles estas distinciones, mas no proceden de inducciones psicológicas hipotéticas, sino que son legitimadas por el análisis de los hechos clínicos.

La locura moral se revela en la edad temprana. Los individuos afectados se distinguen y sorprenden en la infancia, por lo tornadizo del carácter, y más tarde son la desesperación de sus padres. Son caprichosos y egoistas en exceso; no manifiestan afección alguna por sus padres, muéstranse malvados en las relaciones con sus hermanos, y crueles con sus camaradas y con los animales. Pinel refiere el caso de un niño que arrojó al agua á uno de sus amiguitos, sin otro motivo que una fútil discusión, y tuvo la crueldad de rechazarle de la orilla, donde el infeliz niño pretendía asirse. Yo he examinado un pilluelo que encerró dentro de un armario, para ahogarla, á una niña de seis años menor que él. Son disimulados, mentirosos; inventan á placer historias fantásticas ó verdaderas novelas, en cuya trama se reservan un papel. Calumnian á sabiendas á las personas de sus relaciones, simulan enfermedades, hablan por cualquier propósito de venganzas y de muertes, y preparan algunas veces, para hacerse los interesantes, todo el aparato de un suicidio, que se frustra casi siempre. En el colegio son indisciplinados, turbulentos y se entretienen en hacer burlas de mal gusto á sus compañeros y maestros. Aprenden mal ó medianamente, aunque algunas veces den pruebas de ciertas disposiciones. Vanidosos en exceso, no sufren ni la contradicción ni la reprimenda; incapaces de someterse á una regla ó una disciplina cualquiera, se hacen expulsar de las instituciones en donde se les coloca, y después de haber vagado de colegio en colegio, acaban su carrera en las casas de corrección, en donde sus familias se resuelven internarlos después de numerosas y vanas tentativas de enmienda. En efecto, á menudo, se hace necesario someterlos á una vigilancia rigurosa y á una disciplina severa, y á pesar de todo se entregan á los actos más reprobables; se masturban y corrompen, si no se tiene cuidado de los compañeros que les rodean, y tienden á escapar de la vigilancia de las familias para hacer vida vagabunda; para lograrlo mejor, cambian sus nombres, hacen compras disparatadas y cometen robos. Pueden parecer susceptibles de enmienda bajo la influencia de un régimen más ó menos riguroso; pero bien pronto las malas inclinaciones recobran su imperio, y el sujeto muéstrase de nuevo vicioso, malvado, jactancioso y embustero como antes.

Cuando llega el enfermo á la edad adulta, su vida se hace un tejido de ac-

tos excéntricos, extravagantes ó reprensibles. Adquieren relaciones con gentes de mal vivir y frecuentan con gusto sociedades irregulares y de perdidos como ellos. Se entregan con frenesí á los excesos de todo género, juegan, beben, y abusan de la Venus. Incapaces de toda ocupación regular y lucrativa, aburren con peticiones de dinero á sus familias, llegando hasta la violencia si se lo niegan; y cuando se ven sin recursos y en el último extremo, se dedican, para procurárselos, á las ocupaciones que menos se compadecen con sus orígenes y posición social; entonces se alistán en una compañía de cómicos, organizan sociedades y combinaciones comerciales que acaban casi fatalmente en la quiebra, se hacen mercaderes callejeros ó viven de la prostitución. Mas su inestabilidad mental no les permite fijarse en cosa alguna, por donde resultan tan incapaces de perseverar en un oficio honroso, como en una profesión honesta. Tienen, ante todó, afición por el cambio y por la vida errante y vagabunda; cuando pueden proyectar viajes, que son á menudo ocasión de peligrosas aventuras, y cuando el servicio militar los reclama, muéstranse rebeldes, indisciplinados, venden las prendas de su equipo, sufren frecuentes castigos, desertan, y son los ordinarios acusados en los consejos de guerra.

En las mujeres, la locura moral se demuestra por hechos diferentes, porque diferente es también su condición social. Cuando es doncella, aparece original y fantástica, y gusta de intrigas amorosas, en las cuales compromete su reputación y su honor. Casada, es una afrenta para su marido, porque se muestra coqueta, gastosa, y al mismo tiempo incorrecta y abandonada; no cuida de su interior, toma horror á la maternidad porque la deforma, y abruma á su esposo con sus quejas, reproches y dicterios. Cuando llega á ser madre, se preocupa poco de sus hijos y los abandona para correr aventuras. La separación ó el divorcio, son el término á que de ordinario conduce este desequilibrio mental.

Los locos morales encuentran á menudo las mejores razones para justificar su conducta, y cuando un acto de excentricidad cometido en público, un acceso transitorio de excitación maniaca, ó lo que es la regla, un acceso de delirio alcohólico les ha llevado al Asilo, explican con naturalidad perfecta los actos absurdos y los desórdenes de su vida. Raro es que aleguen circunstancias atenuantes, porque, vanidosos siempre, casi no se juzgan capaces de error; ellos cuentan las cosas á su manera, é insuficientemente lúcidos de conciencia para creerse culpados, las relatan de suerte que aparezcan de relieve sus personalidades pretenciosas. De este modo pueden engañar á espíritus incautos y aparecer como víctimas de un secuestro ilegítimo y arbitrario.

BIBLIOGRAFÍA: Prichard, On the different forms of insanity in relations to Jurisprudence. London, 1842.—J. Falret, De la folie raisonnée ou folie morale, Paris 1866, in Études cliniques, Paris, 1890.—Trélat, La folie lucide. Paris, 1861.—Krafft-Ebing, die Lehre von moral. Wahnsinn, 1871.—Dagonet, Folie morale, 1878.—Mendel, Die moralische Wahnsinn, 1876.—Moritz Gauster, Ueber moralischen Irresinn von standpunkte des praktischen Aerztes, in (Wiener Klinik, avril 1877).—Savage, Moral insanity (Journal of medical science, 1881).—Hollander, Zur Lehre von der moral insanity 1882.—Bonvecchiato, il Senso morale e la follia morale. Venise, 1883.

c) PERSEGUIDOS-PERSEGUIDORES. — (Perseguidores razonantes). — Los *perseguidos-perseguidores* forman un grupo muy especial de perseguidos, y se

diferencian de los que Lasègue ha tenido presente en la redacción de su Memoria, por caracteres múltiples, á saber: los perseguidos de Lasègue no presentan, en general, los estigmas de la degeneración, sino que claramente padecen el delirio persecutorio de evolución sistemática, y muéstranse, por tanto, indemnes; los perseguidos-perseguidores, por el contrario, *son siempre degenerados*, y se encuentran en ellos algunas de las anomalías físicas y funcionales que antes dejamos descritas, ó cuando menos, presentan el desequilibrio intelectual ó moral que caracteriza el estado mental de la mayoría de los degenerados; los perseguidos de Lasègue tienen siempre *alucinaciones de las que jamás padecen* los perseguidos-perseguidores, y si por casualidad las presentan, es por excepción y á título de accesorias. El delirio de los enfermos que nos ocupan (si es que puede llamarse delirio al trastorno mental que padecen), no es más que la exageración patológica, mostrada en cierta época de la vida, de las malas disposiciones cerebrales que constituyen el fondo del carácter. Estos perseguidos carecen de concepciones delirantes, en el rigor de la palabra; son *locos razonantes ó lúcidos*. Se les llama algunas veces *perseguidores razonantes*, y esta denominación es la que mejor les cuadra, pues en efecto, son perseguidores antes que perseguidos; lo que les domina es la tendencia á reivindicar derechos imaginarios y á obtener reparación por los agravios de que son víctimas. Sus *actos*, más aún que sus ideas, llevan el sello morboso.

A J. Falret (1) corresponde el mérito de haber puesto de relieve los caracteres específicos de este grupo de enfermos. Pottier, su discípulo, ha trazado de ellos una excelente descripción (2).

Los alienados que estudiamos, se hacen notar muy tempranamente por su deplorable tendencia á la discusión, á la persecución y al embrollo. Gustan del papel de víctimas, son muy personales, muy egoistas, muy pagados de sí mismos, y rara vez se muestran satisfechos del trato que les dan las personas que les rodean; el hecho más insignificante se convierte en motivo de quejas y reclamaciones que nada tienen de legítimas. Así crecen y llegan á la adolescencia y á la edad adulta, teniendo derecho, por ser locos, á las mayores simpatías, pero habiendo vivido en pésimas relaciones con sus padres, hermanos y camaradas y siendo para todos un tormento, siempre exigente, jamás satisfecho y siempre en discordia. Llega una circunstancia que les impresiona más vivamente, un castigo que se les impone, un proceso perdido, el fracaso de una empresa, y entonces orientan en esta dirección sus tendencias delirantes y se presentan como víctimas de una injusticia ó de un robo, y, á partir de este momento, se convierten en perseguidores encarnizados y tenaces de las personas de quienes tienen agravios. Ponen al servicio de sus inmensas pasiones todas sus facultades, algunas de ellas muy desarrolladas, su gran memoria, su imaginación fecunda, su fácil locución y su verbosidad muy grande, de ordinario. Entablan entonces procesos sobre procesos, dirigen reclamaciones á los poderes públicos, protestan en las reuniones públicas y ponen á la vergüenza las personas de cuyos manejos se creen víctimas. Vanidosos en exceso, se juzgan campeones de la justicia y de los derechos violados en sus personas, lo cual no empece, desprovistos como se hallan de la noción verdadera del bien y del

(1) J. Falret, *Société médico-psychologique*, 25 Febrero, 1878.

(2) P. Pottier, *Étude sur les aliénés persécuteurs*. Thèse de Paris, 1886.

mal, que cometan actos incorrectos y punibles. Cegados por su inmenso orgullo, piensan que todo el mundo tiene los ojos sobre ellos, y no comprenden cómo los demás no se asocian á sus injustas reivindicaciones; y así escriben folletos y libros algunas veces para interesar á la prensa en pró de sus reclamaciones y diatribas. Si por casualidad aquellos á quienes persiguen les conceden en mala hora alguna transición, lejos de calmarse se tornan más obstinados en sus reivindicaciones. Como en estos enfermos no se manifiestan concepciones delirantes ni alucinaciones que denuncien su estado patológico á las personas poco prevenidas, logran algunas veces pasar ante los que los rodean por verdaderas víctimas, y de esta suerte hacer partícipes de sus ideas pervertidas á sus hermanos ó al cónyuge, sobre todo si el último es de inteligencia débil y está sometido á la influencia del enfermo. Así se constituye una de las variedades de esta *locura comunicativa*, sobre la cual han llamado la atención Lasègue y Falret (1). Hemos observado recientemente una enferma, la cual, después de haber perseguido varios años á uno de sus hermanos, por el cual creía haber sido despojada de una herencia, se obstinó, cuando estuvo en libertad, en ir todos los días delante de la casa de su hermano, con el fin, según ella decía, de mirarle frente á frente y hacerle comprender que había cometido una mala acción. Su marido no quería convencerse de que la mujer estaba enferma, aunque nosotros se la mostramos en un paroxismo de exaltación, y nos acusaba de secuestradores. Como sucede á menudo, gastó el infeliz la casi totalidad de su pequeña fortuna en perseverar en sus reivindicaciones absurdas.

Mas no es únicamente en su familia en donde el perseguidor encuentra partidarios de su conducta, porque como su delirio habitualmente tiene por punto de partida un hecho exacto, del cual, por deducciones lógicas al parecer, saca partido para justificar su actitud y su conducta, sin que le arredre en su propósito pasar por la mentira, logra interesar en su favor á ciertas personas de esas que nunca alcanzan el fondo de las cosas, y así consiguen defensores en el público y en la prensa, defensores que con extremada ligereza ven una víctima, donde no hay más que un enfermo.

Las tendencias y las preocupaciones patológicas pueden variar en cada caso, y para satisfacer esta variedad se establecen en el grupo las siguientes subdivisiones (2):

1.º *Perseguidores querellantes*.—A Krafft-Ebing, en primer término, se debe la clásica descripción de los perseguidores querellantes, quien la describió con el nombre de *Querulanten Wahn* (3) y de *Irresenn der querulanten und Procerskrämer*, esto es, locura de las querellas ó de los procesos. A estos enfermos nos hemos referido, principalmente, en la reseña general que precede: ellos se hacen notar por la tenacidad insana y absurda con que persiguen la reparación de los imaginados agravios de que se creen víctimas. No llegan á la violencia sino excepcionalmente; pero importunan sin descanso á los magis-

(1) Lasègue et J. Falret, La folie à deux ou folie communiquée in *Arch. Gén. de Médecine*, Septiembre, 1877.

(2) Recomendamos la lectura de las observaciones de algunos perseguidores célebres Buchoz-Hilton in Tardieu: *Étude médico-légale sur la folie*, Paris, 1880, p. 312; l'abbé Paganel in Legrand du Saule: *le délire de persécutions*, Paris, 1875, p. 44; Sandon, in Pottier, *loc. cit.*, p. 73.

(3) Krafft-Ebing, *Allg. Zeitschrift für Psychiatrie* 1878 et *Lehrbuch der Psychiatrie*, p. 460. Stuttgart, 1890.

trados y tribunales con peticiones de justicia; presentan sus demandas en los estrados, invocando, á todo evento, los artículos de la Ley que pueden favorecerles, y hojean el Código á cada instante, hasta que, en fuerza de recitarlos, toman de memoria párrafos enteros, y, lejos de convencerse y cejar en sus pretensiones, se exacerban cuando pierden sus reclamaciones y procesos. Entonces dicen que se ha usado contra ellos de falsos testimonios y que los jueces se han vendido. Algunas veces se reunen varios querellantes y forman asociaciones fantásticas, por ejemplo, «la Unión de los oprimidos para la protección de los lesionados por las injusticias de los tribunales» (1). Una parte de su vida la pasan así, en reclamar incesantemente y en quejas injustificadas, en diligencias difíciles y costosas, y en todo ello absorben su actividad, su tiempo y sus recursos. He aquí un ejemplo de este género: M. X., de treinta años de edad, hijo de loco, desequilibrado desde la juventud, fantástico y exaltado, creía, siendo militar, que sus jefes le robaban y querían envenenarle; sufrió algunos castigos graves, motivados por actos que revelaban sus tendencias, entre otros, uno por haber hecho partícipe de su obsesión á una joven y haber levantado un chisme contra uno de sus oficiales. Encerrado por sus ideas persecutorias con alucinaciones pasajeras del oído, atribuyó su secuestro á las «influencias ocultas»; «el tribunal, decía, quiere ahogar mi voz y deshonorarme». Luego que se vió en libertad, emprendió una campaña activísima, fatigó con sus quejas á todas las autoridades y persiguió á los médicos que habían certificado contra él. Estos certificados, decía también, deben ser en adelante piezas de convicción de un crimen que, estando en principios de ejecución, no fue enteramente perpetrado por causas ajenas á la voluntad de sus autores». Abruñó á un médico con cartas injuriosas, exigió un certificado de libertad y adornaba su firma con títulos tales como «agregado del ministerio», «ciudadano de la República francesa», ó con letras escribía: H. W. D. R. Dirigió peticiones á las Cámaras «en reparación de un perjuicio por causa ilegítima»; envió cartas de protesta á los periódicos, los cuales publicaban su historia con el título de «crimen sin nombre»; convocó á los médicos á reuniones públicas en las cuales daba cuenta de su secuestro; reclamó la asistencia judicial «para seguir contra los médicos y el personal facultativo una acción judicial» y obtener indemnización (2).

Algunos enfermos de estos, no se limitan á reclamar y á protestar, sino que llegan á los insultos en la calle y hasta pegar á sus supuestos enemigos. Los hay también, que no retroceden ante el homicidio, como Nehring, que mató á un juez en el mismo tribunal (3). Con esto está dicho lo bastante para que se aprenda cómo, en algunos casos, estos enfermos llegan á constituir un verdadero peligro público.

2.º *Perseguidores políticos*.—En algunos perseguidores la obsesión que inspira y dirige los actos no es, como en los anteriores, el recuerdo siempre presente de una injusticia sufrida, sino un objeto más alto y más noble, en apariencia: el logro de ciertas doctrinas ó reivindicaciones sociales, de concurrir

(1) Buchner, *Journal de Friedreich*, 1870, p. 263.

(2) Esta observación pertenece á Magnan y Sérieux. Sur les aliénés persécuteurs in *Revue générale des sciences*, Paris, Diciembre, 1891.

(3) Casper, *Viertel Jahrschr.* t. VIII, p. 177.

al triunfo de la justicia ó contribuir á la salud de la patria. El inmenso orgullo que caracteriza á la mayor parte de los perseguidores, se acentua aún más en los políticos, los cuales, exagerando su importancia, se creen investidos del papel de reformadores ó vindicadores de la cosa pública y se arriesgan, alentados por su imaginación desarreglada, á los más vastos proyectos. Se dedican á elaborar los planes más irregulares de reorganización social y los exponen con énfasis en los periódicos, en folletos y en las reuniones públicas. La vivacidad de su inteligencia y la integridad de sus facultades silogísticas pueden algunas veces prestarles éxito, pero fácilmente se les toma por simples audaces al servicio de ideas nuevas y atrevidas, y en cuanto se les observa atentamente ó se les estudia mucho tiempo, se acaba por descubrir en sus pretenciosas declamaciones los signos manifiestos de un desequilibrio intelectual. Sus concepciones son superficiales, pueriles y á menudo absurdas. Su emotividad muy acentuada, de ordinario, se exaspera con los obstáculos que encuentran á cada paso en las tentativas de realización de sus quiméricos proyectos; entonces se irritan y acusan de su fracaso á los personajes en voga. Se entusiasman algunas veces con la idea de que tienen una misión gloriosa que cumplir y van derechos tras de ella sin inquietarse por las consecuencias de su conducta; la idea fija se les impone con una fuerza que ni el sentimiento de la realidad — que á ellos les falta — ni los peligros que han de correr, les arredran; hieren sin reflexión y sin piedad á aquellos que su imaginación desarreglada les designa como obstáculos al éxito de sus empresas, al triunfo de la justicia y á la felicidad del país. La mayoría de los *regicidas* son locos de este orden, y en un estudio muy interesante que de ellos ha hecho Régis (1), se demuestra que estos criminales, héroes ó mártires, pertenecen en su mayor parte á la patología. El autor citado los divide, naturalmente, en tres grupos: 1.º Los falsos regicidas, que pudiera clasificárseles entre los perseguidores querellantes. Estos se preocupan ante todo de sus intereses personales y considerándose víctimas de la injusticia de los hombres ó de la suerte, hieren á los poderosos con el sólo objeto de llamar la atención y que les hagan justicia (tales son, Mariotti, Perrin, Jacob) (2). 2.º Los regicidas alienados que obran bajo la influencia de una concepción delirante vulgar, de una impulsión inconsciente. Estos son delirantes cualquiera, en los cuales el acto morboso es accidentalmente dirigido contra un monarca ó un personaje de viso, pero obedeciendo á la sugestión de otros congéneres perseguidos, alucinados, epilépticos, etc. 3.º En fin, los verdaderos regicidas, que pertenecen á la categoría de perseguidores políticos. En estos últimos, el atentado contra una personalidad saliente es la consecuencia forzada y directa del estado particular del espíritu que antes hemos descrito. Ravailiac, Damiens, más recientemente Louvel, y en estos últimos tiempos Guiteau asesinando al presidente Garfield por una necesidad política y bajo el influjo divino; Passanante, precipitándose con una bandera socialista en la mano contra el rey Humberto, á quien quería matar para fundar la república universal; Hillairaud atentando á la vida de Bazaine para cumplir un juramento solemne y vengar á su patria por orden de Dios, y Gasnier queriendo matar á un agregado á la embajada de Alemania, para provocar una guerra que de-

(1) Régis, Les Régicides dans l'histoire et dans le présent, in Revue d'anthropologie criminelle, 1890.
(2) G. Ballet et P. Garnier, Un faux régicide, id., 1891.

bía abrir las puertas al comercio..... pertenecen al grupo que nos ocupa.

Los perseguidores políticos se asemejan mucho á ciertos *místicos*, porque el fondo de sus ideas guardan entre sí mucha analogía. Ciertos débiles ó degenerados se hacen notar por sus tendencias á lo incomprensible y maravilloso, y experimentan un insano entusiasmo por el magnetismo, la magia, el espiritismo y las ciencias ocultas. Más á menudo, el espíritu de los degenerados se dirige hacia la religión y fundan sectas, establecen los fundamentos de nuevas creencias, y se lanzan á predicaciones que no siempre son estériles, porque algunas veces cosechan numerosos prosélitos. Por oposición á otros locos razonantes, estos místicos tienen á menudo alucinaciones, sobre todo verdaderas visiones; en sus delirios, creen que ven á Dios, á la Virgen y á los Santos. Estas visiones les prestan nuevo ardor para hacer prosélitos, y convencidos por otra parte del papel que están llamados á cumplir, por hallarse asistidos de una potencia sobrenatural, no perdonan medio alguno para arrastrar las multitudes en pos de sus doctrinas. Derrochan su tranquilidad y sus intereses materiales, y no vacilan en sacrificar su libertad y su fortuna. Miradas las cosas de cerca, más de un fundador de religiones pudiera considerarse legítimamente entre los locos razonantes, y sirvan de ejemplos: Emmanuel Swedenborg (1) y Luis Riel; este último, después de haber sido encerrado dos veces como loco, promovió en el Canadá una agitación tan extraordinaria, que murió ahorcado en Regina el año 1885. Entre estos locos se reclutan la mayoría de los adeptos de esas sectas extrañas que se imponen, con un fin mal definido por lo general, mutilaciones de diverso género, como los Skoptzy de Rusia. Estos desgraciados llegan hasta el asesinato, y valga de ejemplo aquel furioso que fue condenado por los Tribunales rusos, por haber reproducido el sacrificio de Abraham.

3.º *Perseguidores hipocóndricos*. — Con esta denominación deben comprenderse todos aquellos perseguidores que se creen víctimas de los malos cuidados de los médicos que llamaron para su asistencia. A partir de esta idea, surge un delirio que influye sobre todos los pensamientos y actos de estos enfermos, los cuales, para vengar los excesos de una terapéutica desacertada y criminal, tórnense encarnizados enemigos de las personas que los cuidaron y llegan á veces hasta la última violencia. Así ocurrió con Alejo Bourgeois, que en 1839 atentó contra la vida del Dr. Bleyne, so pretexto de que este médico le había asistido mal, doce años antes. El informe médico-legal que se redactó con este motivo, decía lo siguiente: Bourgeois no presenta, á primera vista, nada de particular; su conversación es seguida y no indica desequilibrio alguno en las facultades intelectuales; sin embargo, tiene una idea fija á la cual vuelve constantemente, la cual le domina desde hace dieciséis años, y constituye el móvil de todas sus acciones y la causa del acto que le tiene en prisión. Hace dieciséis años, dice, adquirió un enfriamiento intestinal, para cuya cura consultó diferentes médicos, y los tratamientos le fueron más en su daño que en provecho. Consultó, entre otros, á Bleyne, que le prescribió baños calientes y después baños de río, con lo cual, no sólo empeoró de su mal, sino que adquirió una nueva dolencia. Por lo demás, el delirio de Bourgeois es continuo; sin ce-

(1) Véase J. Vinson, Les religions actuelles, Paris, Adrien Delahaye, 1888.